

La batalla de las manos alzadas

Un recuento de Éxodo 17

En cierta ocasión cuando los amalecitas, un fiero pueblo nómada que vivía en el desierto del Sinaí, se lanzaron para hacer guerra contra las tribus errantes de Israel, Moisés mandó llamar a Josué a su presencia.

—Escoge algunos hombres y sal a pelear contra los amalecitas —le dijo—. Mañana yo estaré en la cumbre de la colina con la vara de Dios en la mano.

Hizo pues Josué lo que Moisés le ordenó y mientras arreciaba

la batalla, Moisés, Aarón y Hur observaban el campo de batalla de pie sobre la cima de la colina.

Mientras Moisés mantenía las manos alzadas, los israelitas se imponían al adversario, pero cuando bajaba las manos los amalecitas empezaban a ganar.

La batalla arreciaba y al cabo de un tiempo a Moisés se le cansaron los brazos. Aarón y Hur vieron que el curso de la batalla se inclinaba a favor de los amalecitas por lo que

acercaron una piedra grande para que Moisés se sentara. Entonces Aarón se puso a un lado de Moisés y Hur al otro y le sostenían las manos en alto y «así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol». De esta forma aseguraron la victoria.

«Y Josué venció a los amalecitas a filo de espada». Sin embargo, Dios por medio de Su siervo Moisés, demostró que no había sido solamente con *la espada* que se había ganado la batalla, ya que

Josué solo había logrado imponerse cuando las manos de Moisés estaban alzadas, dándole así toda la gloria a Dios.

Entonces Dios le habló a Moisés: «Escribe esto para memoria en un libro y cuida de que Josué lo vea».

Luego de haber obtenido una gran victoria sobre sus agresores, Moisés levantó un altar cerca del escenario de la batalla y lo llamó «el Señor es mi bandera».

Ver *Las plagas de Egipto* y *El paso a través del mar*, que son partes anteriores de la historia de Moisés y los hijos de Israel.